

Historia, evitar los riesgos con que la lectura de los clásicos amenazaba á la vida moral y religiosa. Verdad es que hubo con frecuencia celadores que declaraban: «En Cristo tenemos la verdad y no necesitamos otra ciencia alguna»; y tampoco faltaron cristianos que abominaran de las ciencias clásicas como peligrosas y corruptoras de la doctrina cristiana; pero las severas reprensiones dirigidas por un S. Gregorio de Nacianzo contra los tales, muestran que no formaban el partido más ilustrado ni el más desinteresado en este punto; pues, mientras defendían la causa de la ignorancia, buscaban con ella su propia defensa, sin preocuparse de los grandes intereses científicos ni de la formación intelectual de la sociedad cristiana, los cuales hubieran abandonado, si hubiesen podido imponer á los otros su manera de sentir. Pero los varones que contemplaban con segura mirada el porvenir de la Iglesia, fueron precisamente los que tomaron con mayor celo la defensa de aquellos intereses (1); y así lo vemos, principalmente en la gran mayoría de los Padres de la Iglesia, en Oriente y en Occidente.

«La filosofía gentilica — escribe Clemente Alejandrino — no perjudica á la vida cristiana, y la calumnian aquellos que la presentan como oficina del error y de las malas costumbres; pues fué la luz, la imagen de la verdad, y el don que Dios concedió á los griegos; la cual, muy lejos de perjudicar á la verdad con una fascinación vacía, nos proporciona más bien un nuevo baluarte de la verdad, y ayuda, como una ciencia hermana, á fundar la fe sólidamente. La Filosofía educó á los griegos, como la Ley á los judíos, para llevar á unos y á otros á Cristo (2). «Aquel, pues, que descuida la filosofía pagana — dice el mismo Clemente en otro lugar —, se parece á los insensatos que quisieran cosechar racimos sin haber cultivado las viñas. Pero, por cuanto los gentiles mezclan lo verdadero con lo falso, es preciso tomar de la sabiduría de sus filósofos, con la precaución con que se cortan las rosas de entre las espinas (3).

(1) Daniel 37.

(2) Ἐπαιδαγωγὴ γὰρ καὶ αὐτὴ (φιλοσοφία) τὸ Ἑλληνικὸν ὡς ὁ νόμος τοῦς Ἑβραίους εἰς Χριστόν. Stromata I, 5.

(3) Stromata I, 17; II, 1. Acerca del juicio de Clemente sobre los filósofos gentiles cf. Haffner, Grundlinien 297 s., y Knittel, Pistis und Gnosis, in la Tübinger Quartalschrift, Jahrg. 55 (1873), 199 s.

De semejante manera se expresan los Santos Basilio, Gregorio Nacianceno, Agustino y Jerónimo, y otros grandes Padres de la antigua Iglesia, mostrando todos ellos tener ojos muy abiertos y ferviente sensibilidad, para percibir las bellezas de la Literatura clásica; los cuales, sin apartar sus miradas de los lados oscuros y de las negras sombras de la gentilidad, acertaron á ver también el brillo solar, el rayo de eterna luz que circundaba aquellas gloriosas obras del espíritu humano; y oían asimismo las proféticas voces que claramente suenan en ellas, procurando combinarlas con el lenguaje del Cristianismo. Distinguían de un modo claro los elementos universalmente humanos contenidos en la Literatura clásica, de lo pagano que en ella se encierra; y separando esto, admitieron los primeros en el círculo de las ideas cristianas (1). Por eso acentuaron siempre, que todo depende del modo y forma cómo se leen los clásicos paganos, y se los emplea en la enseñanza; y sus expresiones de reprobación, no se dirigen á la cosa misma, sino al mal espíritu y al método perverso con que se utiliza; de acuerdo, en este respecto, con S. Anfiloquio, quien daba acerca de la literatura de los clásicos antiguos, el siguiente consejo: «Sé prudente en el trato con ellos; recoge siempre lo bueno que tienen; huye con cautela de lo que en ellos es pernicioso; imita la prudencia de la abeja, la cual, posándose sobre todas las flores, solamente chupa de ellas los jugos dulces» (2). En el mismo sentido escribió S. Basilio el Grande su famosa, y notable por la elegancia verdaderamente ática, «Oración á los adolescentes cristianos, sobre el buen uso de los clásicos gentílicos» (3). Contra los injustos impugnadores que declaraban

(1) H. Jacoby, Die klassische Bildung und die alte Kirche, in la Allgem. Zeitung 1880, Beil. 354 u. 355. Cf. Gebhardt, Adrian von Corneto 67—68.

(2) Cf. Daniel 26 ss. 38 s.; Histor.-polit. Blätter XXXIX, 632 s., y Stephinsky, Die heidnischen Klassiker als Bildungsmittel (Trier 1866) xvi ss.

(3) Λόγος πρὸς τοὺς νέους, ὅπως ἂν εἰς Ἑλληνικῶν ὠφελοῦντο λόγων. Vid. Alzog, Patrologie, 3, edic. (1876) 262 s. Esta oración de S. Basilio fué traducida al latin en 1405 ó 1406 por Lionardo Bruni, y de haberse difundido extraordinariamente su traducción dan testimonio sus numerosas impresiones (Panzer, Annales Typographici [Norimbergae 1797 sq.] V, 78; X, 141) y los aún más numerosos manuscritos, de los que sola la *Biblioteca Vaticana* conserva 24 copias: s. Codd. Vatic. 409, f. 129^a—134^a. 1494 f. 115^a—1221. 1495 f. 162^a—173^a. 1792 f. 39^a—48^a. 1807 f. 50^a—61^a. 2726 f. 100^a—109^a. 3003 f. 154^b—156^b (incompl.). 3386 f. 1^a—21^b. 3407 f. 21^b—30^a. 5061 f. 51^a—62^b. 5109 f. 87^a—95^b. Ottob. 1184 f. 98^a—115^a. 1267 f. 1^a—26^a. 1800 f. 29^a—39^b. Regim. 1151 f. 30^b—38^a. 1321 f. 82^a—91^a. 1464 f.

los libros paganos, generalmente y á carga cerrada, como vanas falacias del demonio, aquel gran Doctor de la Iglesia (cuya gloria se perpetúa todavía en la Orden de los Basilius), pone de relieve con visible afición, cuán acomodado y hermoso medio de formación ofrecen los estudios clásicos, para el espíritu juvenil que no ha alcanzado todavía la madurez necesaria para los estudios graves y más difíciles, de la Filosofía y la Teología; exigiendo sólo, que se aparte todo aquello que pueda influir perniciosamente en el espíritu y el corazón. Todavía se manifiesta más la estima, amor y entusiasmo por la literatura de los antiguos, en los escritos de S. Gregorio Nacianceno: «Todo lo demás—dice en uno de sus discursos—lo he abandonado fácilmente: riquezas, nobleza, influencia; en una palabra; toda la gloria mundana, todas las falsas alegrías del mundo. Sólo *una cosa* me reservo: la elocuencia; sin arrepentirme de haber sufrido tantos trabajos por mar y tierra para conseguirla» (1).

El enlace, pues, de la formación clásica con la educación cristiana, se consideró desde entonces tradicionalmente, en la Iglesia, como algo necesario; al paso que, generalmente, el desarrollo científico del período á que pertenecen los más de los Padres mencionados, alcanzó una importancia trascendental para todas las épocas de la Iglesia (2).

Los ministros de ésta fueron los que salvaron las más preciosas flores del espíritu clásico, entre las tempestades de los siglos, y procuraron sacar partido de ellas en pro de los intereses del Cristianismo. Principalmente los monasterios, fundados ó protegidos por los papas, todo el tiempo que floreció en ellos el

9^a—16^b. 1555 f. 129^a—141^a. 1778 f. 57^b—73^a. 1784 f. 87^a—100^a. Urbin. 1164 f. 1^a—16^a. 1173 f. 1^a—15^a. 1194 f. 86^a—107^a. Sobre las traducciones de esta oración hechas al italiano en el siglo xv vide Giorn. st. d. lett. ital. XV, 300 s.

(1) Cf. Daniel 25 s.; Baumgartner 35 s.; R. Rielp, Des hl. Gregor von Nazianz Urteil über die klassischen Studien und seine Berechtigung dazu (Progr. des Gymnasiums zu Linz, 1859) y Schmelzeis, Die heidnischen Klassiker auf christl. Gymnasien (Frankfurt 1888). V. también Wotke en las Verhandlungen der 42. Versammlung deutscher Philologen p. 290.

(2) La demostración de la práctica tradicional desde el siglo iv, la explica el P. Daniel en su hermoso libro (15 ss). Por lo que toca á la época anterior vide Stephinsky en Kraus, Real-Encyklopädie der christl. Altertümer (Freiburg 1881) I, 292 ss. Cf. también I. Alzog, Commentatio de Litterarum Graecarum atque Romanarum studiis cum Theologia christiana coniungendis (Frib. Brig. 1857), así como Pohle en Wetzler und Weltes Kirchenlexikon III, 414 s. y en philosoph. Jahrbuch der Görres-Gesellschaft II, 1 ss.

verdadero espíritu eclesiástico, trabajaron grandemente por la conservación de los espirituales tesoros de la Antigüedad. Los verdaderos representantes de la Iglesia estuvieron siempre muy lejos de cerrar su corazón, con estrechez puritana, á lo verdaderamente hermoso y ejemplar que se halla en las obras de los antiguos; pero en medio de todo su entusiasmo por la literatura clásica, mantuvieron siempre con firmeza que, aun lo más grande y glorioso que la Antigüedad puede ofrecernos, no alcanza con mucho, la gloria, elevación y pureza del Cristianismo. No una estima desmedida, ó mejor dicho, una divinización de los escritores paganos; sino el empleo prudente de los mismos con espíritu cristiano, fué lo que siempre procuró la Iglesia, sin acentuar de una manera exclusiva lo que se refiere á la forma, sino avalorando el fondo en pro de los intereses religiosos y morales, y procurando unir la erudición con la vida y educación cristianas.

Este empleo de los clásicos con verdadero espíritu cristiano, produjo los más sabrosos frutos; y de los escritos de los grandes pensadores gentiles tomaron los Padres de la Iglesia gran copia de profundos pensamientos y verdades naturales, para defender la Revelación contra los ataques de los filósofos y herejes, para fundarla de un modo racional y darle forma científica; y en la incomparable belleza de forma de los antiguos, aprendieron el arte de aquella exposición llena de fuerza, y los elevados vuelos que admiramos en tan gran número de ellos (1).

Las oraciones y tratados de los Padres de la Iglesia formados en los estudios clásicos, nos dan la prueba de que, la sencillez de la fe no hace sino ganar con el ornato de las galas retóricas; y sus poemas nos ofrecen los conceptos de la Teología patristica, con tanta precisión como el poema inmortal de Dante los de la Teología escolástica. Cuánta fuera la eficacia que la formación clásica comunicaba en aquel tiempo al Cristianismo, se colige fácilmente de los ya mencionados conatos de Juliano el Apóstata para impedir la unión de la fe con la cultura greco-romana de los ingenios (2).

Estaba, pues, en lo substancial, claramente indicado á los gobernantes de la Iglesia, la actitud que habían de tomar frente á la reacción en favor de la Antigüedad, la cual siguió, con exage-

(1) Cf. J. Janssen, Friedrich Leopold Graf zu Stolberg (Freiburg 1888) 233.

(2) Haffner, Die Renaissance 116—117.

ración casi naturalmente necesaria, á una época de decadencia de los estudios clásicos; y el fomento que los mismos consagraron al renaciente estudio de los antiguos, si por una parte marca un rompimiento con los últimos tiempos de la Edad Media, en que se había descuidado al mundo antiguo más de lo justo, y por consecuencia se había llegado á un absoluto y lamentable desprecio de la forma; no fué en manera alguna un rompimiento con toda la Edad Media, y menos aún, con toda la Antigüedad cristiana (1).

La reacción en favor de la Antigüedad clásica: el Renacimiento, recibió no obstante, por las circunstancias de la época, una peculiar coloración y figura; pues incurrió en aquel triste período de casi universal efervescencia, y entibiamiento de la vida cristiana, que se anunció, desde principios del siglo XIV, con la debilitación de la autoridad pontificia, el aseglaramiento del clero, la decadencia de la Filosofía y Teología escolásticas, y la horrible confusión de la vida civil y política (2). Los perniciosos elementos que contiene sin duda la antigua Literatura, se brindaban á una generación sobreexcitada espiritual y sentimentalmente, y por muchos conceptos desequilibrada; á lo cual se agregó, que la reacción contra la negligencia de la forma en los últimos tiempos de la Edad Media, fué tan lejos, que, al desechar su forma descuidada, se envolvió en un común desprecio su mismo contenido; ante todo la Escolástica peripatética, que se había entretreído íntimamente con el Dogma. No es, pues, de maravillar que, una parte de los defensores de la nueva tendencia, se lanzaran por peligrosos descarríos; y los principios de esto se habían manifestado ya en los iniciadores del renacimiento literario; en Petrarca y Boccaccio, si bien aquellos varones no llegaron á abandonar el terreno de la Iglesia.

(1) Daniel 184 ss. Cf. *Histor.-polit. Blätter* XXXIV, 637 s. y Wetzler u. Weltes *Kirchenleeikon* III², 422 s. V. también Schneid, *Aristoteles in der Scholastik* (Eichstätt 1875). Respecto al menosprecio de la forma, hacia el fin de la Edad media, nota con mucha verdad Paulsen (28—29) que en esto precisamente vino á ser el Humanismo el contraste complementario: pues muestra una absoluta preferencia de la forma, junta muchas veces con una absoluta indiferencia por el contenido, el cual no es con harta frecuencia sino el maniquí que sólo sirve para poner á la vista el ropaje elegante. Cf. también Brandes 3 s. 6 s. y Gaspary II, 150.

(2) Haffner, *Grundlinien* 625. Daniel 199 s. 207 s. 222. Cf. adelante Buch. I, Kap. 1, 2 y 3.

Los contrastes que ya aquí se manifestaron, se fueron acentuando con el tiempo, cada vez más decididamente (1).

Por una parte se levantó la bandera de la cultura pagana, con un fanatismo exagerado y morboso en favor de los ideales clásicos, y los partidarios de esta escuela abrazaron en muchos de sus escritos un criterio preponderantemente pagano. Por la otra parte, se procuró combinar harmónicamente el elemento antiguo con el cristiano, y hacer fructíferos los tesoros espirituales de la Antigüedad como precioso manantial de nuevas ideas y sugerencias para perfeccionar y ahondar la cultura presente (2); la primera dirección dió lugar al *falso renacimiento pagano*; la segunda al *verdadero renacimiento cristiano*.

(1) La existencia de dos direcciones en lucha, en el seno del Humanismo en el siglo XIV, la ha indicado A. Wesselofsky en su introducción á la edición del *Paradiso degli Alberti*. H. Janitschek siguió este mismo camino y ordenó la caótica y fluctuante vida literaria del siglo XV bajo semejantes puntos de vista. Cf. también Hettner 168 ss. La distinción entre un Renacimiento pagano y otro cristiano ha hallado aprobación cerca de tan notables conocedores de aquella época como J. Burckhardt y de Rossi, y de otros muchos escritores cuya enumeración nos llevaría demasiado lejos. Hanla contradicho principalmente Cian (*Giorn. st. d. lett. ital.* XXIX, 406 ss; XXXVI, 213 ss.) y recientemente también Renier (l. c. XXXVII, 418 ss) contra Kraus que defiende en lo sustancial nuestra opinión en su *Hist. del Arte crist.* (cf. especialmente II, 2, 1, 56 y 276). Nosotros hemos examinado las objeciones que se nos han hecho (por cierto en forma muy noble y de agradecer) con aquella atención que merecen por ser de tan eminente especialista; hemos justificado algunas cosas particulares, expuesto mejor otras; pero en lo principal hemos de insistir en nuestra distinción tanto más firmemente cuanto que la discrepancia entre mi crítico y yo pudiera estar más en las palabras que en la cosa misma. Cuando Cian observa contra mi advertencia (t. III de esta obra) sobre el influjo de la religión precedente en Poggio y P. Leto: *Potrei osservare che appunto la religione preesistente si, ma ancor resistente all'urto del classicismo, era tale da formare come il sostrato di quelle coscienze, le quali erano lontane dal ribellarsele, e che tutte quelle schermaglie e quei drappeggiamenti pagani, naturalistici, irriverenti od osceni erano in gran parte più ostentazioni di mestieranti e ambiziosi seguaci della moda, fautori delle novità, disposti a sollecitare i peggiori istinti del pubblico, che non effetto di vere convinzioni morali e religiose, per quanto accennassero ad uno stato delle coscienze che, nel l' altro, s' andavano fatalmente modificando da un canto verso l' indifferentismo, dall' altro verso il libero esamei;—le concedo en parte lo que dice; pero nunca se podrá establecer con toda certidumbre hasta qué punto estuvieron los humanistas en sus internas convicciones, cerca ó lejos del Cristianismo. Pero lo que yo afirmo en sustancia es sólo, que la tendencia de un Poggio y de sus contemporáneos en las obras que reflejan su modo propio de ver, no es cristiana, sino antes bien gentilica.*

(2) Janitschek 8—9. Gebhardt, *Adrian de Corneto* 75.

Sólo de esta segunda dirección podía esperarse un verdadero progreso espiritual; pues, alejada de todo exagerado fanatismo, conservaba un juicio bastante sano para reconocer, que no el rompimiento con los tradicionales principios del Cristianismo, y con un desenvolvimiento histórico más que milenario; sino la reconciliación y fusión con los actuales factores existentes, era lo que había de ser definitivamente provechoso para la Humanidad; y si el Renacimiento no se aniquiló completamente á sí mismo, lo debe el mundo á los defensores de esta dirección.

No pocos humanistas anduvieron vacilando á una y otra parte entre ambas escuelas; otros buscaron una posición intermedia, y otros, finalmente, se dejaron arrastrar por una de las dos corrientes en su juventud, y por la otra en su edad madura.

El programa de la escuela clasicista radical, nadie lo explicó más clara y paladinamente que **Lorenzo Valla**, «verdadera ave precursora de la borrasca» en aquella literaria revolución (1), en su escrito, publicado hacia 1431, *Sobre el placer* (2).

Este tratado, grandemente digno de llamar la atención en más de un concepto, se compone de tres diálogos, en los cuales defienden, Leonardo Bruni la doctrina de los estoicos, y Antonio Beccadelli la de los epicúreos, al paso que Niccolò Niccoli defiende «el verdadero bien». La elección de tales interlocutores no se hizo al acaso; pues Bruni, en un escrito extraordinariamente difundido, había puesto en relieve los puntos de contacto de las tres principales escuelas filosóficas de Grecia (3); Antonio Beccadelli (lla-

(1) Gebhardt loc. cit. O. 76.

(2) L. Vallae De voluptate ac vero bono libri III (Basileae 1519); Vallae Opp. 896—999. Sobre una segunda refundición bajo et título De vero bono v. Voigt I^o, 467 y Sabbadini en el Giorn. st. d. lett. ital. XIX, 408 ss. Es errónea la opinión de Vahlens (Vallae Opusc. 46) que esta segunda refundición no esté impresa. Fuera de la edición de Lovaina citada por Voigt, de 1483, he visto otra impresa en Colonia en 1509 in domo Quentell. Cr. Mancini en el Giorn. st. d. lett. ital. XXI, 27, el cual supone haber existido tres redacciones del escrito.

(3) Isagogicon moralis philosophiae. Como los demás escritos de Bruni (cf. Mai, Spic. I, 548) este tratado alcanzó una extraordinaria difusión, y hemos podido anotar los siguientes manuscritos de él: *Arras*: Bibl. pública Cod. 973 (De la *Biblioteca de la Catedral*). *Basilea*: Bibl. Cod. F. II, 13. *Dresden*: Kgl. Bibl. Cod. C. 374 f. 35. 36 (incpl.). *Escorial*-Bibl., v. Haenel. Catal. 951. *Florenia*: Laurent. Bibl. Cod. Castell. 92 f. 41—62. Cod. Ashburnham 111 f. 1—30. 191—192 (Cf. Voigt-Zippel 63). *Bibl. nacional* Cod. Magliabech. cl. VII. Cod. 180 n. 4; cl. XXIII. Cod. 148 n. 2. Cod. I. r. 31 (de S. Marco). Ms. Strozzi.

mado también Panormitano, de Palermo, su ciudad natal), era el autor del «Hermaphroditus», colección de epigramas que sobrepujan con mucho, en inmundicia y obscenidad, á los peores engendros del antiguo clasicismo; y Niccolò Niccoli, restaurador de la Literatura griega y latina en Florenia, era por el contrario, en cierto modo, el tipo del humanista cristiano, teniendo por máxima: que la investigación científica ha de andar mano á mano con la convicción religiosa. No descuidó en manera alguna las ciencias sagradas por los estudios clásicos, y ni aun de sus amigos Poggio y Marsuppini, toleraba oír palabras despreciativas contra la fe, profesando una resuelta aversión contra todos los materialistas é incrédulos. Niccoli expió las faltas de su vida con una muerte en extremo piadosa (1).

cl. XXIII. Cod. 149 n. 2. Riccardian. Bibl. Cod. M—I—XVI und N—II—XII. Otros manuscritos florentinos ha notado Tocco en el Archiv für Gesch. d. Phil. 1893, VI, 159 notier. *Londres*: British. Mus. Harleian Ms. 3651. *Milán*: Ambrosiana (s. Montfaucon, Bibl. I. 508). Bibl. Trivulzio Cod. 761 n. 3. *Modena*: Bibl. Campori Cod. 17 n. 46. *Monteprandone*: Bibl. Cod. 54 (de la Bibl. del b. Jacopo della Marca). *Nápoles*: *Bibl. national*. Cod. VIII. G. 12. *Roma*: Bibl. Buoncompagni (v. Catálogo de Narducci 130). Bibl. Chigi Cod. J. IV, 118. Vatic. Bibl. Codd. Vatic. 372 (sin paginación, hacia el fin del Isagogicon sin título). 3399 f. 177 sqq. 5116 f. 43—63. Regin. 777 f. 61^b sqq. 786 f. 91—103^b. 1555. Ottob. 1239 f. 1—13. Urbin. 1164 f. 98^b sqq. 1173 f. 129 sqq. 1339 f. 1 sqq. 1439 f. sqq. *Turin*: *Bibl. de la Universidad*. Cod. G. V. 34 f. 12 sqq. *Vendôme*: Bibl. Cod. 112 f. 17 sq. *Viena*: Hofbibl. Cod. 960 et 3420 (las noticias de este manuscrito que da Janitschek, 101, n. 15, no son del todo correctas). *Zeit. Bibliot. capitular* Cod. LXXVIII. (Numeración de F. Bech) f. 77-91. Janitschek (10) y Voigt (II^o, 458) creen que el Isagogicon no está impreso; pero no es así; antes bien, puedo señalar dos impresiones del maravilloso librito. La primera de ellas—sin título—la hallé en un tomo de miscelánea de la *Bibliot.*

de la Univers. de Innsbruck (Sig. II. 6 F $\frac{1051}{2}$). El libro llena aquí 40 pequeñas páginas en cuarto, no numeradas. En parte ofrece mejor texto otra impresión de propiedad privada, y que, como el ejemplar de la *Bibliot. de la Univers. de Innsbruck*, pudo ser impreso en Italia (¿Roma?) en el último tercio del siglo xv. Esta impresión da también el título: «Hysagoga Leonardi Aretini || de philosophia morali ad Gale || otum incipit foeliciter || .» Las palabras finales suenan: «Finitur introductio philosophie moralis || Leonardi Aretini ad Galeotum suum || .» Treinta pequeñas páginas en cuarto. Así escribíamos esto en 1885; no obstante lo cual, el Dr. Wotke, que recientemente ha tratado detenidamente de L. Bruni, habla del Isagogicon como de un libro no impreso. Véase en contra Hain, Repert. nr. 1569, 1570, 5117; á las ediciones del s. xv. se agrega aún otra de 1607; Cf. Gaspary II, 659 y Tocco l. c.

(1) Cuando este gran erudito sintió que se acercaba su fin, hizo erigir en su aposento un altar en el cual su amigo Ambrosio Traversari había de celebrar todos los días la santa misa. El moribundo recibió el sagrado Viático con

Casi por el mismo tiempo que Valla publicaba su diálogo, otro humanista, *Cosme Raimondi*, componía un tratado, en que defendía con entusiasmo la doctrina de Epicuro (1). Valla no procedió tan abiertamente y se mostró más avisado en elegir la forma de diálogo, reservándose con esto una grande libertad para expresar las sentencias más espinosas, poniéndolas en boca de Beccadelli, con lo cual podía siempre defenderse contra los ataques; precaución que no era entonces en manera alguna superflua, por respeto de la Inquisición; y para acabarse de asegurar del todo, añadió también una conclusión devota, en la que Niccoli, que había defendido las ideas cristianas, era proclamado vencedor por los contendientes.

¿Cuál era, pues, la verdadera opinión de Valla? Sobre esto se dividen los pareceres hasta el día de hoy. Unos identifican á Valla con el pagano Beccadelli; otros con el cristiano Niccoli; pero las investigaciones no han podido resolver, hasta el presente, con entera certidumbre, cuál de las dos opiniones profesara entonces Valla en su corazón (2), y es también posible que el joven humanista no se hubiese formado todavía ningún criterio fijo (3). Pero en todo caso, la forma y manera como trató su argumento, es muy á propósito para inducir á creer, que pretendió presentar el deleite como el supremo bien. Ya algunos contemporáneos manifestaron, que la victoria que tributa al defensor de la moral cristiana estaba solamente destinada á cubrir las apariencias; y que, al contrario, Beccadelli reflejaba la verdadera opinión del autor; y la vida, en ninguna manera irrepreensible, de Valla (4), prestaba cierto apoyo á semejantes suposiciones.

tal devoción, que movió á lágrimas á todos los presentes. Véase la conmovedora descripción de Vespasiano da Bisticci, en Mai I, 627 sq.; cf. Zippel, N. Nicoli (Firenze 1890) 49. 64.

(1) *Cosmae Raimondi Cremonensis ad Ambrosium Tignosium, quod recte Epicurus summum bonum in voluptate constituerit maleque de ea re Academicis, Stoicis, Peripateticisque senserint*, publicado por Santini in *Studi storici VIII* (Rigoli 1899), 159—167. Raimondi tiene en lo sustancial, el mismo modo de pensar que el Beccadelli de Valla (cf. 163. 165), pero se ve en el caso de imponerse cierta reserva, por cuanto se trata de volver á ganar á un hombre que se había separado de las ideas epicúreas. Raimondi acabó por suicidarse en 1436 (véase *Studi e doc.* 1894, p. 316 sg.).

(2) Flamini acentúa esto en *Giorn. st. d. lett. ital.* XX, 453.

(3) Así Wolff 13 ss. 15.

(4) Cf. su propia confesión. *Opera* 362; Cf. Monnier I, 187.

Pero en último caso, esta cuestión es, en el fondo, muy accesoría, cuando se trata de formar juicio del libro; pues la sola circunstancia de proponer las envenenadas doctrinas de Epicuro como criterio de algunos contemporáneos, y pintar con brillantes colores un desenfrenado Naturalismo, había de contribuir en alto grado á la confusión de los principios morales y á la ruina de las costumbres cristianas (1); y esto tanto más, cuanto que Valla imprime un sello cristiano á la Ética estoica, que es el primer objeto de los ataques (2). Por el contrario, las doctrinas de los epicúreos se proponen con seductora habilidad, como un derecho de la Naturaleza; y si bien con cautela, pero con todo, de una manera suficientemente clara. Beccadelli resume la substancia de tales doctrinas en estas dos proposiciones: «Lo que la Naturaleza engendró y formó, no puede dejar de ser laudable y santo.—La Naturaleza es lo mismo, ó casi una cosa misma, que

(1) Este juicio de Voigt, *Wiederbelebung*, I, 470 (cf. además Monrad-Michelsen 44—45 y Gabotto 46), lo había yo adoptado ya en las ediciones anteriores, en las cuales observaba: Contra la opinión principalmente sustentada por Janitschek (11) y Voigt (I, 469) de que en el discurso de Panormitano se contenga la opinión propia de Valla, se ha pronunciado recientemente Gaspary (II, 656), alegando que tal opinión no encuentra apoyo ni en el mismo libro ni en los manuscritos de Valla, quien se muestra en ellos siempre creyente cristiano. Con todo, el benemérito investigador de la literatura italiana podría aquí equivocarse. El hecho de que Valla, en su escrito mencionado en la página 21, n. 4, combate del modo más acre una doctrina de la Iglesia, fundada en la Sagrada Escritura, coloca su fe cristiana en una luz muy ambigua; y cuánto deba fiarse de las doctrinas edificantes, algunas veces aducidas por ciertos humanistas, lo dice el mismo Gaspary, II, 122. También Gebhardt, Adriano de Corneto, 76, Monnier, 162 y Gabotto, 40-46, se afirman en el modo arriba dicho de entender el escrito de Valla. Estos argumentos contra Gaspary, no pudo tomarlos en cuenta Mancini, Valla, 42, ss., porque su libro salió al mismo tiempo que mi edición. La tesis que defiende el nombrado erudito, benemérito de las investigaciones acerca de Valla, pero demasiado afecto á su héroe (como nota con verdad Nolhac en la *Rev. crit.*, 1893, I, 329) va todavía más allá que Gaspary, pues cree que Valla no sólo no profesó ninguna idea epicúrea, sino defendió en último resultado la moral cristiana (52. 55. 59. ss.); pero que tal interpretación sea enteramente inadmisibles, lo mostró ya Schwahn, 19 ss., el cual nota, de acuerdo con mi opinión: El libro de Valla *De volupt.* no es, ni más ni menos, que un ataque contra la doctrina moral dominante en la Iglesia católica. Antes que Schwahn, ya Lehnerdt se había declarado indirectamente contra la tesis de Mancini, por cuanto en su refundición de Voigt, I, 465-466, deja intacto el juicio primitivo. Contra Mancini, véase también á Gabotto, *Un nuovo contributo alla storia dell'umanesimo ligure* (Genova, 1892) 137.

(2) Janitschek ss. V, también Gabotto 40 y Schwahn, 15.